



José Tomás de Cuéllar

Chucho el Ninfo

Estábamos en el Teatro Nacional, y nuestras miradas recorrían las localidades, pasando esa revista de que no se puede prescindir cuando se encuentra uno en el centro de una reunión. Algunos conocidos viejos, tal o cual familia a quien habíamos dejado de ver mucho tiempo y muchas personas más, fueron objeto de nuestra atención; en seguida nos arrellanamos, no diremos muy cómodamente, en nuestro asiento disponiéndonos a gozar del espectáculo, cuando nuestra vista se fijó en un pollo.

Era el tal un jovencito como de catorce a diez y siete años, con el pelo castaño claro, hermosos ojos, tierna y sedosa barba, boca voluptuosa y fresca y magníficos dientes.

Estaba muy bien vestido; su ropa era flamante, su camisa de irreprochable blancura, y sus manos estaban oprimidas en unos guantes color de lila. El joven era una de esas personas que tienen la misión de hacerse ver y el derecho de no pasar nunca desapercibidas.

En sus maneras revelaba el amaneramiento y el estudio; no cesaba de moverse cual si pesara sobre él la imprescindible obligación de cuidarse, de revisarse a sí mismo incesantemente. Ora se tocaba el nudo de la corbata para cerciorarse de si la había descompuesto; ora se veía los puños de la camisa para cuidar que salieran lo suficiente más adelante de

la manga de la levita, cubriendo la extremidad inferior del guante; ora recorría lentamente aunque con disimulo las costuras del guante, por si la seda hubiera podido faltar y descoserse; ora se arreglaba la barba, después el pelo; ora, en fin, tomaba una actitud que sostenía por largo tiempo, fingiendo estar preocupado con la vista de alguna joven, pero en realidad nada veía.

Si se hubiera podido sorprender su pensamiento, se le hubiera encontrado pensando que su figura era elegante, y que en aquella actitud realizaba sus prendas físicas a los ojos de algún observador que lo estuviese contemplando.

No era corto de vista, pero de vez en cuando creía darse un aire interesante plegando ligeramente los ojos, como si apurara la vista para distinguir algún objeto distante, y en seguida abría decididamente los párpados, pensando entonces que sus ojos tomaban la expresión interesante y franca que le era habitual.

Si se encontraba con la mirada de alguna joven, se le veía afectar cierto disimulo y tomar una actitud que, favoreciendo sus contornos, proporcionara a la interesada la ocasión de estudiarlo, de verlo bien, de convencerse de que aquel joven era apuesto, elegante, buen mozo y gentil como un Adonis.

Este acopio de observaciones engendró en nosotros el deseo de averiguar quién era aquel joven.

-¿Conoce usted a aquel pollo?

-No; es nuevo -me dijo un amigo-, ya me había llamado la atención.

Repetí esta pregunta y nadie pudo darme más razón del joven sino que se había hecho ver; en suma, su exterior no había pasado desapercibido para la mayoría; pero de sus antecedentes nadie sabía una palabra, ni siquiera su nombre.

Me dirigí a uno de esos Pérez que todo lo saben y tuve estos datos.

-Este joven vive en la calle de...

Me dijo mi hombre una calle céntrica.

-Creo que es hijo natural de...

Me dijo el nombre de un personaje.

-Parece que lo ha reconocido hace poco y pasa por su sobrino; pero es su hijo.

-¿Y cómo se llama?

-Se llama... ya no me acuerdo de su nombre.

A la sazón me saludaba una señora desde la platea inmediata.

Esta señora me dio al día siguiente estas noticias.

-Yo sé perfectamente la historia del joven, y supuesto que usted se interesa en conocerla -me dijo la señora-, voy a contársela.

Viajaba yo hace poco en diligencia; antes de las cuatro de la mañana del segundo día de viaje, entré al coche para acomodarme anticipadamente en mi asiento. No conocía a ninguno de mis compañeros de viaje; además la oscuridad era tal, que sólo pude notar al cabo de un rato que entraban al carruaje un hombre, una mujer y un niño.

Debo advertir a usted que yo sé dormir en diligencia y que había pasado en el mesón una noche infernal, de manera que apenas empezamos a andar me cubrí la cara y me dormí profundamente.

Cuando desperté era ya entrado el día; y pensé, lo primero, en mi

exhibición; iba a descubrirme ante mis compañeros de viaje y a darles los buenos días; abrí un ojo y percibí a través de mi espeso velo que mis compañeros tenían también cubierta la cara y dormían.

Al cabo de un rato despertó el compañero.

Esto me contuvo.

En seguida despertó la mujer, se descubrió, y al ver al compañero hizo un movimiento de sorpresa.

Esto acabó de decidirme a permanecer con la cara cubierta.

-¡Don Francisco! -balbució la señora, y su semblante se descompuso notablemente.

-¡Elena! -exclamó el compañero, y tomó entre las suyas las manos de la señora.

Aquí va a pasar algo bueno, dije para mí, y no debo descubrirme, fingiré que sigo durmiendo. Hubo una pausa durante la cual don Francisco y Elena se quedaron viendo uno a otro, no sabiendo cómo romper el silencio.

-Todo se puede reparar -dijo don Francisco.

-Es tarde -dijo aquella señora a quien nombraré Elena, supuesto que desde ese momento supe su nombre. Le confesaré a usted que cuando Elena dijo: ¡Es tarde!, me acordé de la Traviata, y estuve a punto de reírme.

-Para una reparación nunca es tarde, hoy mi posición es distinta y no me pararé en los medios.

-Todo concluyó entre nosotros; ¡me ha hecho usted llorar tanto!...

-Perdóneme usted, Elena, se lo pido a usted en nombre de nuestro hijo.

Elena llevó la mano a la boca indicando a don Francisco que callase; en seguida le mostró el niño que iba dormido. Don Francisco lanzó una exclamación, que por lo estrepitosa me pareció que requería un movimiento de mi parte; pero los actores de aquella escena parecían estar bastante preocupados con sus asuntos para cuidarse de mí.

Elena había descubierto la cara al niño. No sé si sería el efecto de la luz rosada de la aurora, pero aquel niño me pareció encantador.

A don Francisco le estaba pareciendo enteramente lo mismo que a mí, porque se puso muy inquieto y procuraba con ahínco besar al niño; pero Elena contenía a don Francisco para que su hijo no despertara.

-Es mi hijo, ¿no es verdad?

Elena contestó con una mirada de madre.

Aquella mirada fue un sí mudo de los más elocuentes que yo he visto.

Como éramos sólo cuatro pasajeros, ocupábamos los cuatro rincones de la diligencia; pero don Francisco desde las primeras palabras del reconocimiento se había pasado al lado de Elena.

Llegamos a la primera posta y me fue preciso despertar.

Como la primera parte de aquella historia había pasado, según sus actores, desapercibida para mí, supuesto que me creían dormida, don Francisco y Elena adoptaron, sin ponerse de acuerdo, un estilo enigmático para poder continuar su interesante diálogo delante de mí.

-Él está dispuesto a reconocer a su hijo, y ya corre de su cuenta.

-Pero ella tiene miramientos que guardar y compromisos que respetar.

-Todo lo demás importa poco; lo esencial es que él ha encontrado a su hijo.

Como es de suponer, la conversación se mantuvo animada en todo el

camino, y yo tuve ocasión de enterarme de una intriga que referiré a usted con todos sus pormenores.

Creí no volver a ver a aquellas personas, y aun por lo pronto no supe su paradero; pero hace algunas noches he sabido que el niño aquel de la diligencia es precisamente ese joven por quien usted se interesaba en el teatro, y el mismo que pasa hoy ante la sociedad por sobrino de don Francisco, a quien usted conoce perfectamente.

-¿Y sabe usted el nombre del joven? -pregunté a la señora.

-Sé que se llama Chucho, pero en cuanto a su apellido corren varias versiones: unas le dan el de don Francisco, otros le llaman Flores, y más generalmente le he oído llamar «Chucho el Ninfo».

En esta época en que ya Chucho el Ninfo figuraba en la categoría de pollo, Elena había vuelto a México, madre de dos niños que en nada se parecían a Chucho y a quienes todos conocían con el nombre de los niños Aguados.

Con diez años más, Elena estaba ya completamente tranquila en materia de posadas; pero no así con respecto a sus asuntos.

Las amigas de Elena apenas la reconocían; había desaparecido por completo aquel resto de gentileza y aquella morbidez que tanto efecto hicieron en el coronel, con quien, según expresión de la misma Elena, había purgado todos sus pecados.

Con el último de los niños Aguados, había caído sobre Elena el crudo otoño blanqueando sus cabellos.

Por lo que toca a Chucho, al poco tiempo de su reconocimiento por don Francisco se separó de su mamá para vivir en una hacienda al lado de don Francisco, a quien desde entonces llamó su tío; de manera que hacía cerca de diez años que no veía a su madre, y por supuesto no conocía a sus hermanitos.

Chucho, al pasar de la casa materna a la de su tío, llevando todos los defectos de su educación afeminada, no hizo más, por desgracia, que agregar a sus costumbres malas y viciadas todos los defectos inherentes a la ociosidad opulenta.

Don Francisco era un rico-home, pagado de su hacienda y jurando que no hay nada más allá de una buena cosecha de trigo.

Don Francisco creía dedicar a su sobrino al campo, y en realidad a eso lo dedicaba prácticamente, desechando el estudio teórico de la agricultura, los conocimientos anexos y las aplicaciones de la ciencia, pues don Francisco era de los que se reían de los libros como de invenciones de extranjeros muy propias para otros climas y otras costumbres, pero no para este país privilegiado en el que la madre naturaleza es tan pródiga.

Don Francisco vivía solo, pasaba por viudo, y como la mayor parte de su vida la había empleado en el campo, su salud era perfecta y representaba menos años de los que contaba.

Chucho se fastidiaba soberanamente en medio de las monótonas tareas del campo, y el aislamiento en que vivía lo obligaba a buscar constantemente un género de distracción más adecuado a sus instintos que los surcos y los herraderos, las pizcas y las matanzas.

No tardó Chucho en acreditarse en más de veinte leguas a la redonda, y era tenido por las lugareñas y rancheritas de las haciendas y pueblos

colindantes como un excelente bailarín, galante y apuesto como pocos.

Entre aquellas buenas gentes Chucho no era conocido con el apodo de Chucho el Ninño, sino por el «niño de la hacienda»; en cambio Chucho nunca llegó a acreditarse ni de labrador ni de valiente; pero sí alcanzó renombre entre el bello sexo, que se disputaba a porfía los favores del niño de la hacienda.

Toda la servidumbre de don Francisco, incluso la peonada, que era numerosa, le llamaban a Chucho el niño.

Con estos antecedentes y después de este aprendizaje y noviciado, Chucho vino a México después de diez años de ausencia, apareciendo de la noche a la mañana en los altos círculos, a donde ingresó por medio de las relaciones de don Francisco, quien en su carácter de antiguo y rico labrador cultivaba relaciones con esa parte de la sociedad mexicana que representa la aristocracia del capital.

No tardó Chucho en verse rodeado de los jóvenes más elegantes y en contraer amistad con las principales familias; se exhibió en Bucareli en el coche de don Francisco y algunas veces montando magníficos caballos.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

